

# ORACION DE ESTUDIOS

LEIDA EN LA SESION  
DE CLAUSURA DEL  
AÑO ESCOLAR DE 1932

EN EL

## COLEGIO ANTONIO NARIÑO

POR

JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ

CANONIGO DE LA CATEDRAL DE BOGOTÁ Y RECTOR DEL COLEGIO



IMPRENTA DE JUAN CASIS. - BOGOTÁ

# ORACION DE ESTUDIOS

LEIDA EN LA SESION  
DE CLAUSURA DEL  
AÑO ESCOLAR DE 1932



COLEGIO ANTONIO NARIÑO

POR

JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ

CANONIGO DE LA CATEDRAL DE BOGOTA Y RECTOR DEL COLEGIO



IMPRENTA DE JUAN CASIS. - BOGOTA

Nihil obstat.

*Januarius Jimenez,*

Censor Dep.

---

Bogotae, die 28 novembris, 1932.

Imprimatur.

*Andreas Restrepo Saenz,*

Vlc. Gen.

(L. S.)



Señoras, señores:

Ocasiones hay, como la presente, en que el agradecimiento no puede ser mera fórmula de cortesía. Permitid, pues, que yo le manifieste ahora, aunque no alcance a hacerlo con aquella claridad que deseara para esta hora solemne. Hace apenas un año la idea de fundar este colegio pertenecía a los muy dilatados dominios de lo irrealizable; hoy es algo que todos estamos palpando y sintiendo. Mas, para ello fue menester que el señor Vicerrector (1) acabara con mis vacilaciones y pusiera en pro de la incipiente fundación todo el fervor de su alma y el ingenio y pericia de sus pedagogías; se necesitó que, como por encanto, llegaran acá los profesores que con desprendimiento digno de elogio han perseguido en la estrechez de la hora presente el nobilísimo ideal de crear para el futuro obra duradera; fue indispensable que vosotros, padres de familia, depuestos los naturales recelos y temores, miráseis con benévolo cariño el despuntar de esta tierna planta, y que niños y jóvenes acomodaran sus deseos y apetitos a una vida que bien merece el calificativo de pobre y estrecha.

(1) Doctor Jorge Enrique Rodríguez

Natural es, por tanto, que mi primera palabra sea, en este día, de acción de gracias. Temo, eso sí, que con mis mal urdidas razones vaya yo borrando lo que no acierto a expresar con palabras; ya que entre todos los afectos humanos es el agradecimiento el más difícil de hacer patente por el abuso que de él se ha hecho entre los hombres. Quede, no obstante, sentado que yo quiero y deseo mostrarme agradecido de profesores y de discípulos, de padres de familia y de amigos, que, como, mi dilectísimo Síndico (1) han hecho una labor tanto más meritoria cuanto más silenciosa y modesta.

Y después de este preámbulo, que en justicia era indispensable, permitidme decir os alguna cosa acerca de la educación de vuestros hijos, ya que vuestra presencia en este sitio y mi condición de Rector así lo exigen.

\*  
\* \*

Sabido es que la gimnasia es no sólo indispensable para el cuerpo, sino que de ella pende en gran parte el beneficio inestimable de la salud, sin la cual nada podría hacer el hombre, ni aun siquiera en aquello que más disgregado parece de la materia. Aquel pueblo que entre los antiguos creó la filosofía, el arte y la bella literatura fue tan amante de los ejercicios atléticos, que no hubo ciudad helénica alguna en la cual faltaran la pa-

(1) Señor Gonzalo Pizarro

lestra y el estadio. De un tiempo a esta parte la **gimnasia** ha vuelto a merecer los honores que en lo antiguo le otorgaron los griegos hasta el punto que no hay a la fecha colegio en que se la desconozca del todo. No ha de confundirse, sin embargo, la gimnasia propiamente dicha, con el deporte, que obedece a fines muy distintos.

Aquella está destinada a modificar la estructura de ciertos órganos débiles, a despertar algunas funciones fisiológicas, a hacer flexibles, ágiles, airoso los movimientos, a impedir la prematura anquilosis o rigidez de nuestras articulaciones. El deporte, por el contrario, como su nombre lo indica, sugiere la idea de juego, de esparcimiento del ánimo. De él forman parte los juegos sedentarios y un buen número de ejercicios físicos que no pueden ser cotidianos, so pena de estorbar la educación intelectual; en cambio, la gimnasia ha de ser diaria y, hasta cierto punto, ha de comenzar desde la cuna.

Ciertos deportes en uso en nuestros días, como el *foot ball*, no pueden practicarse sin una cierta cautela, pues en ocasiones causan un desarrollo inarmónico; otros, como las excursiones, no deben ser demasiado frecuentes, ya que las dificultades y tropiezos propios de nuestros viajes las prorrogarían, en ocasiones, demasiado con perjuicio de los estudios; en cambio la natación presentaría estimables ventajas, si no fueran entre nosotros tan escasos los pozos adecuados para este ejercicio saludable.

Por todas estas razones la gimnasia es, en sus diversas formas, indispensable; aunque sin duda la militar es la más adecuada por motivos que en breve apuntaremos.

Grande culpa nuestra fue no conceder al ejército, en los últimos tiempos, la importancia que de suyo tiene. Erróneamente se ha creído que él suele traer consigo los regímenes despóticos, como si todo soldado hubiera de ser audaz, ignorante o violento; como si el militar, perito en su arte y respetuoso del derecho, no contribuyera eficazmente a disciplinar en los ciudadanos la voluntad; a poner en favor de la ley y de la justicia los medios coercitivos necesarios, y a conseguir, de manera eficaz, la tutela para la soberanía nacional, a fin de que ella sea de propios y de extraños respetada. A causa de todo esto y convencidos de la importancia y grandeza de la institución militar, propenderemos, a ejemplo de la Escuela Ricaurte — de feliz recordación — y bajo la égida del general Antonio Nariño, por una gimnasia militar que prepare a los futuros ciudadanos y que inspire en ellos un vivo deseo de sostener con justicia y dignidad los fueros de nuestra nación.

Recibe la gimnasta su natural concurso de la higiene cuando el institutor, en vez de usurpar dominios ajenos, confía al médico lo que directamente le atañe. Nada es tan peligroso para un colegio como la intervención del psicólogo dile-

tante, del higienista de relumbrón, del biólogo simplemente erudito; sólo el médico, que ha palpado por sí mismo en los anfiteatros anatómicos, en los laboratorios y en las clínicas los procesos ocultos de la enfermedad y de la salud, puede con provecho indicar lo conveniente y necesario en punto a higiene escolar. No participa, además, el Colegio de la idea, muy en boga en nuestros días, de descifrar por medio de teorías noveleras el desarrollo del niño como resultado de algunas inclinaciones naturales, que, aunque prestantísimas, no explican por sí solas el enigma complejo de las actividades humanas.

La práctica de métodos sencillos es preferible a las simples teorías. Los diagramas o índices, destinados a darnos a conocer el estado normal o patológico de ciertos órganos; las anotaciones indicadoras de los progresos en las fuerzas corporales, así como del desenvolvimiento de la *psiquis* infantil, permiten corregir los vicios, curar las enfermedades, y en no pocos casos señalan al institutor o al padre de familia la causa del poco o ningún adelantamiento del alumno en sus estudios. Ha ideado el médico del Colegio, doctor Rubén García—a quien rindo ahora el muy menguado pero justísimo tributo de mi agradecimiento—un esquema de tarjetas o índices con los datos más importantes para conocer la salud de cada niño en particular; seguramente en el próximo año tendremos una estadística más completa en este punto,

la cual permitirá introducir serias reformas en nuestra higiene interna.

Tales serán, señores, los medios naturales de dar al cuerpo del niño su desarrollo adecuado, sin erogaciones cuantiosas y sin perjuicio de los estudios, que constituy en la parte primordial de colegios como el nuestro.

\*  
\* \*

Si hablar de estas cosas, meramente materiales, es obra hacedera y relativamente fácil decir, en cambio, en breve discurso, algo de provecho acerca de la educación intelectual, es punto por todo extremo árduo, entre otras cosas, por el hecho de desenvolverse ella en tres etapas tan distintas como son la enseñanza primaria, la secundaria y la universitaria.

Adquiere el niño en la primera aquellos conocimientos que le son indispensables para vivir en sociedad; aquí aprende a leer, a escribir y, sobre todo, a manejar cuanto en la vida le ha de ser necesario; aquí se inicia en las ciencias, en el conocimiento de la tierra y, sobre todo, en el de su propio sér psíquica y somáticamente considerado; aquí, finalmente, contempla, apoyado en nociones sencillas, el desenvolvimiento del lenguaje y de la historia humana. Ha de ser, por tanto, esta educación elemental, concreta y a la vez universalísima.

Dignos de admiración y de alabanza son los progresos alcanzados en las modernas escuelas primarias; los cuales conviene aprovechar, dentro de la modestia a que nos obliga la pobreza de la hora presente. Pero como los métodos son múltiples y muchas veces entre sí opuestos, no es posible ensayarlos todos, ni siquiera la mayor parte, pues esto nos llevaría necesariamente a rehacer cada año el trabajo que ya debió quedar concluído en el anterior; fuera de que este prurito de ensayar siempre lo nuevo, puede convertir al niño en una especie de conejo de laboratorio, sin provecho personal alguno.

Sólo accidentalmente y para esclarecer mejor la índole peculiar de la enseñanza secundaria, importa recordar la que haya de darse más tarde en la Universidad. Como dentro de ésta han de existir, como su nombre lo indica, variedad de conocimientos, menester es que haya allí tantas facultades de estudios cuantos sean los diversos grupos de ciencias, y en este sentido la universidad debe dar a cada grupo una enseñanza de verdadera especialización. De la universidad y no del colegio han de salir los especialistas y los técnicos.

Cosa muy distinta es el colegio, en donde en manera alguna los estudios pueden versar sobre ciencias particulares y concretas, sino antes, por el contrario, han de extenderse a todos aquellos conocimientos que mejor contribuyan a desenvolver las inteligencias juveniles. Sin embargo, en los

últimos diez años, y merced al pésimo sistema adoptado para los exámenes de ingreso a las Facultades, se ha introducido en mala hora la técnica y la especialización en la enseñanza secundaria, con gravísimo perjuicio de la cultura general que todo hombre debe poseer sin distinción de profesiones o de oficios.

Con buen acuerdo, digno de toda alabanza, el Ministerio de Educación Nacional restituyó, por reciente decreto, la instrucción secundaria dentro de su órbita natural, y dejó a la universitaria el cuidado exclusivo de preparar a los jóvenes para ingresar a las diversas Facultades.

Tal es y tiene que ser el modo natural de desarrollar en el alumno las potencias adquisitivas; porque es menester decirlo muy claramente: el fin único y exclusivo de planteles como el nuestro, ha de ser el de lograr que niños y jóvenes piensen. ¡Pensar!, hé aquí lo que muy pocos hacen y lo que todos necesitan, sea que adopten esta o aquella carrera profesional.

Señalado ya el fin peculiar de la enseñanza secundaria, conviene inquirir cuáles sean los medios adecuados que a él conducen, e importa aquí establecer muy claramente una distinción que viene muy al caso: pues mientras en el estudio de las ciencias naturales y físicas es el entendimiento humano a manera de espejo en el cual se reflejan las esencias y diversas formas de los seres, sin que le sea dado alterarlas ni modificarlas: en el estu-

dio de las humanidades y de las matemáticas, de la filosofía y de las artes, la inteligencia consigne un cierto poder creador. De donde se desprende que adquirirán el niño y el joven una inteligencia despejada y razonadora, cuanto más se ejerciten en el conocimiento de este segundo grupo de estudios, que habremos de llamar, por antonomasia, humanos.

Es esta la razón del mérito que se concede al bachillerato, llamado clásico, y esta también la causa de los vicios o defectos, propios del simple bachillerato en ciencias. Porque lo cierto es que humanidades y matemáticas tienen que ser las bases sobre las cuales se asiente el edificio de una cultura general. Todos los demás estudios pueden ser útiles para el niño o el joven, pero éstos solos son indispensables, si se quiere que él llegue a pensar y a hablar con precisión y claridad.

Entre las muchas objeciones que se han hecho al bachillerato clásico, una de las más conocidas es la del tiempo que en él se consagra al conocimiento y aprendizaje de las lenguas llamadas clásicas. Inútil parece, nos dicen, estudiar idiomas que hoy nadie habla e innecesario perder un tiempo precioso en el aprendizaje de declinaciones y modismos complicados y difíciles. No advierten los que de esta manera piensan, que no se han escogido el griego y el latín por antiguos, sino por el mérito intrínseco que ellos tienen.

Es el griego una de las lenguas más ricas que

se conocen: por la sonoridad, acentuación y articulación de las palabras; por el número de sinónimos y de formas verbales; por la riqueza en partículas, que da a la idea las más exquisitas modalidades. Fuera de que él abre las puertas a la más admirable civilización que antes de Cristo existió y nos permite conversar familiarmente con los varones más eximios y más estéticos que ha engendrado la raza humana.

De otra parte, el latín, que no fue nunca idioma vulgar, posee un período rotundo, una elegancia apenas superada por los griegos, una variedad casi infinita de partículas que contribuyen a dar grandísima precisión a los conceptos de la mente. Quiénes de veras conocen estos idiomas llegan a pensar tan claramente y a hablar con tanta elegancia, que constituyen por siempre la porción escogida de la humanidad. Dos ingenios, opuestos por sus tendencias, encontrados en sus ideas y antitéticos en su vida, preconizaron durante el período oscuro que precedió a la guerra mundial, la reforma de la educación en Francia. Fernando Brunetiere y Anatole France: orador el primero y ferviente católico; dañino el otro y destructor con la agudeza de su ingenio, de todo ideal, y, sin embargo, ambos coincidieron en defender para su nación la enseñanza clásica y ambos escribieron en favor de esta tesis páginas que pueden considerarse como inmortales. ¿Y qué me diréis vosotros de la incontenible reacción en pro de los estudios clási-

cos de la Cámara francesa en estos últimos tiempos? ¿No ha ordenado ella, por ventura, en ley reciente el bachillerato clásico para toda Francia? Aun las mismas ciencias, que ayer pretendían suplir los estudios clásicos, le rinden pleitesía a los viejos idiomas; ahí está, por ejemplo, la medicina, tan moderna en sus inventos, tan antigua en su vocabulario, que parece traído de los tiempos en que la bella Héléde adoctrinaba directamente al mundo.

Tornad vuestras miradas a Europa, de donde es fuerza que tomemos la civilización, y observad cómo allí los hombres que se han destacado por sus grandes cualidades y sus miras amplias, se han formado siempre en el estudio de las humanidades, que en manera alguna impiden, sino antes bien, facilitan el conocimiento posterior de las ciencias.

Es manifiesto que la quiebra que en los últimos años ha sufrido nuestra cultura, no se debe ni a los métodos de enseñanza, ni a los planteles, ni mucho menos a la universidad; ella es fruto (aquí como en todas partes) de la ausencia de un bachillerato efectivamente clásico. Porque el mérito no está en enseñar *pro fórmula* un latín, que el alumno no ama, ni aprende; por lo cual no llega a adquirir claridad en el pensamiento y diafanidad en la forma. Al propender este Colegio por la enseñanza clásica, lo hará en espíritu y en verdad y no como un simple aditamento de otros estudios.

\*  
\* \*

El crecimiento aislado del cuerpo engendra al atleta, desprovisto de afectos y casi siempre de ideas; expuesto a que su vida se desenvuelva a la manera de los animales, hasta el punto de que mientras sus fuerzas físicas progresan, decae visiblemente su espíritu, abrumado por la materia. La formación aislada de la inteligencia es, con todo, más peligrosa que la del solo cuerpo, pues al cabo el atleta es, no obstante su vigor físico, ingenuo y modesto. Mas, la inteligencia, cuando se desenvuelve solitaria y adusta, junta estrechamente la más completa impotencia de la voluntad, que no acierta a obrar, con los mayores pero inútiles atrevimientos de un espíritu a la vez osado e indeciso, clarividente y necio, jactancioso y tímido.

Por ello, al lado de la enseñanza clásica se requiere una educación moral completa. La virtud, lejos de estorbar la obra de la naturaleza, la encausa y dirige convenientemente; ella—para hablar con Salomón—preside los consejos de los buenos; se halla presente entre los sabios y discretos; aborrece el mal; detesta la arrogancia y la soberbia; abomina del proceder torcido y de la lengua dolosa.

Virtudes hay que es menester inculcar al niño y al joven de un modo especial, sin que esto implique el descuido o menosprecio de las demás. La caridad, que es virtud cristiana por excelencia,

nos veda optar en los colegios por la delación, que siembra los odios, crea las enemistades y produce necesariamente las rencillas. La sinceridad, que enalteció Cristo en sus predicaciones, nos prohíbe la mentira, el odio, la hipocresía personificados en los fariseos de otro tiempo y con terribles anatemas reprobada por el Maestro Divino. Desquiciada anda en el mundo a la fecha aquella virtud social que ordena dar a cada cual lo suyo, y por ello se impone inculcar a los jóvenes un concepto genuino de la justicia, que no se cambia ni se muda por caprichos o veleidades.

Pero entre todas las virtudes morales ninguna en nuestros días ha padecido tan serios quebrantos como la pureza y la honestidad de la vida. Saturado está el mundo moderno de sensualidad. Los que en otro tiempo querían, por desgracia, dar pasto a las pasiones, sólo encontraban en la lectura de novelas y folletines el peligro; raras veces podían ir a los teatros, e imposible hubiera sido adquirir una libertad que les permitiera ciertos devaneos. Pero hoy, merced al invento moderno, que hace vivas las imágenes y conserva imperecederas las voces, pueden niños y jóvenes satisfacer su vista con las más extrañas escenas, que nunca antes pudo tan a lo vivo ver el hombre. Ha adquirido, por tanto, la sensualidad un predominio espantable, que terminará por arruinar nuestro cuerpo, debilitar nuestras fuerzas, sujetas hoy a una continua tensión nerviosa y empobrecer definitivamente nues-

tras almas sedientas de lo irrealizable, ansiosas de placeres sutiles y definitivamente enfermas, a causa de un desequilibrio pasmoso, nunca antes visto, ni siquiera soñado.

Bajo el régimen del sistema individualista, que proviene remotamente de Rousseau, los colegios han perdido gran parte de su disciplina, so pretexto de conservar el carácter y fisonomía propios de cada niño. Con este sistema sería mejor no educar, pues es manifiesto que todo sistema altera o modifica el carácter individual. De esta ausencia de disciplina escolar nacen la falta de seriedad en los compromisos adquiridos, la ausencia de sensatez en las opiniones y la carencia casi completa de buenos modales y de urbanidad que se nota en las nuevas generaciones.

Vanos serían todos estos propósitos educativos, si no buscáramos en la religión el único y verdadero fundamento de la moral. Cuán erróneos son, sin embargo, los conceptos de los modernos pedagogos, aun de los moderados en este punto sustancial. Para no pocos la religión sólo se presenta por su aspecto estético o meramente externo; sin quererlo, ni pensarlo, vienen a hacer discípulos de ese cristianismo superficial de Chateaubriand, que tanto influyó en los comienzos de la pasada centuria. Otros, siguiendo a Maurras, sólo ven en el Catolicismo una tendencia propia de las razas latinas y le admiten como tal.

No, la religión, aunque sea todo esto y mucho más, nos une ante todo a la Iglesia con un triple lazo, que el doctor Hettinger llamó jurídico, simbólico y litúrgico. Por el primero, formamos parte, en virtud de la obediencia al Romano Pontífice y a los obispos de un sólo rebaño, bajo un solo pastor; por el segundo, profesamos un mismo credo apostólico; por el tercero, practicamos un mismo culto y recibimos unos mismos sacramentos.

Fieles a estos propósitos procuraremos, de una parte, dar una instrucción religiosa sólida, que comience con las primeras letras y se extienda hasta el último año de estudios; de otra, confiaremos el cumplimiento de las prácticas religiosas al señor presbítero Luis Gómez Brigard, que con celo digno de todo encomio ha comenzado ya a desarrollar una acción suave y a la vez eficaz, que aparte al niño y al joven del indiferentismo religioso, tan frecuente, por desgracia, en estos tiempos.

Múltiples son, pues, los ideales que aquí buscamos, desde el desarrollo del cuerpo hasta la perfección y santidad del espíritu. Pero para ello es indispensable separarnos de las tendencias más peligrosas de esta hora. De la tendencia socialista que con espanto del mundo está hoy predominando en la Rusia soviética, para la cual el hombre ha dejado de ser un individuo, un hijo de familia, un cristiano, para trocarse en un simple medio de producción en favor de un déspota impalpable que se denomina el soviét o municipio; de la ten-

dencia rígidamente nacionalista que sólo aspira a formar ciudadanos extraños a la familia, ajenos a la religión e incapaces de vivir para algo que no sea el Estado omnipotente; del naturalismo, que sólo educa la parte externa y material del niño, como quien cuida de una planta, o que sólo piensa en la salud corporal.

No, señores, para nosotros el niño es el hijo de una familia, que quiere conservar sus nobles tradiciones; es el ciudadano que ama a su patria y quiere servirla; es, por último, y de manera especialísima, un cristiano que antes de educarse para el tiempo se forma para la eternidad.

En presencia del niño evocaremos siempre la imagen tierna de la madre que amorosamente le ha confiado a nuestros cuidados, desprendiéndose de lo más grande que ella posee y que quiere se forme, en primer término, para el hogar que ella ha constituido; para la patria, a quien ella rinde el culto nobilísimo de un amor sin mezcla alguna de ambiciones y, sobre todo, para Cristo que bendijo la unión de la cual ese hijo nació; que repartió dadivoso dones y gracias sobre esa criatura, cuando ella, mientras le formaba en su interior, oraba fervorosamente y pedía bendiciones y favores, y que ahora quiere, como María santísima, ver crecer en sabiduría, en ciencia y en edad delante de Dios y de los hombres.

Al devolver en esta hora el depósito sacratísimo que se nos confió, los maestros sentimos los

encontrados afectos de la alegría y de la tristeza; de la tristeza, porque se van del lado nuestro los únicos seres que en este mundo no conocen la doblez; de la alegría, porque por mucho que hagamos en favor de ellos, sólo los padres, que aman a sus hijos, tendrán las ternuras de que necesitan, las intuiciones que mejor que las teorías les educan, y el amor grande y sublime que les levanta a regiones superiores donde la inteligencia vive, donde el corazón conoce lo grande y donde es posible formar las almas para los sublimes destinos a que están por Dios destinadas.

**José Alejandro BERMUDEZ**

Bogotá, noviembre 21 de 1932.

